

Alessandro BONVINI (ed.): «*Men in arms*». *Insorgenza e contro-insorgenza nel mondo moderno*, Bologna, Il Mulino, 2022, 286 pp., ISBN 978-88-15-29964-2.

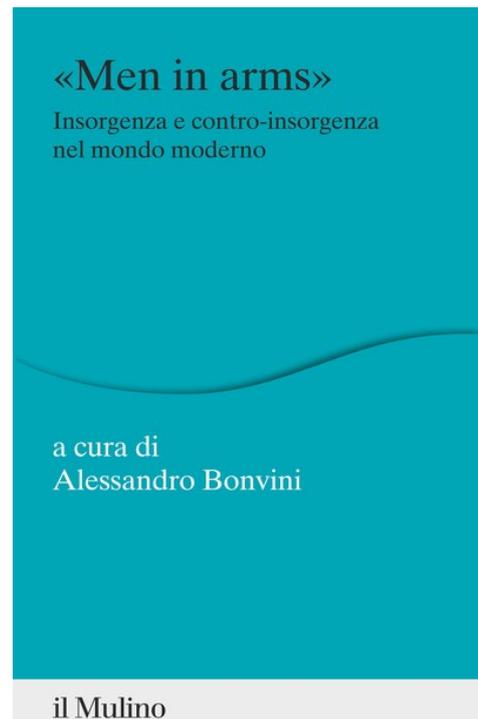
Roberto Barone  
*Universidad de Cantabria*

**“Men in arms”. El bandolerismo como forma de resistencia y de supervivencia.**

En el proceso de construcción de los Estados nacionales a lo largo del siglo XIX destacaron numerosas figuras. Entre ellas los bandoleros que, formando fuerzas armadas irregulares, lideraron la resistencia popular. A través de sus pautas no convencionales, desafiaron la autoridad, aliándose a menudo con los eslabones más subyugados de la pirámide social, en algunos casos incluso con núcleos de poder disidentes o rivales. Profundamente amenazadas por estas fuerzas de difícil control, las instituciones centrales recurrieron a prácticas de represión cada vez más brutales, en muchos casos sin llegar a destruir el bandolerismo, legitimado por el apoyo popular.

En este volumen, diversos casos de estudio ilustran como en Europa, África y América Latina el bandolerismo representó una forma recurrente de guerra irregular que marcó una etapa significativa de la historia nacional. Los autores de los diversos ensayos que forman la obra demuestran como bandolerismo, insurrección continua y guerrilla han sido recurrentes variables de la lucha por el poder que proliferaron con los nuevos procesos de politización, complementando los grandes conflictos regulares.

Como destaca Paolo Calcagno, en la segunda mitad del siglo XVIII el bandolerismo en la Serenísima República de Génova (1005-1797) fue una clara expresión de la conflictividad social y de la resistencia a la autoridad. Paralizada en un estado de decadencia política y económica, Génova, fue incapaz de diseñar una estrategia eficaz y de largo plazo para eliminar el bandolerismo. Entre las tácticas que utilizó, destacaron la de establecer un “premio” monetario para los que mataban a los bandidos y la de crear instituciones específicas, como las Compañías contra los Bandoleros, unas milicias de pueblo con la tarea de coordinar la defensa local. Estas prácticas, sin embargo, no fueron



exitosas por una serie de motivaciones. En primer lugar, el fenómeno estaba vinculado con el alto coste de la vida, que la población local ya no podía tolerar, y con el control de los recursos económicos. Tenía también un fuerte matiz político, ya que representó una forma alternativa de control del territorio, apoyada por numerosas comunidades del Estado genovés que ya no confiaban en las débiles instituciones estatales. Por añadidura, las franjas más adineradas de la población (los “patricios ignorantes”) alimentaron el fenómeno reclutando grupos de bandidos por sus intereses personales y corrompiendo a los policías.

Emiliano Beri destaca las características peculiares del caso corso. El conflicto en Córcega duró cuarenta años (1729- 1768) e involucró diversas entidades estatales, es decir, Francia, Inglaterra, la República de Génova y el Reino de Cerdeña. Incapaz de conservar el mando en la isla por la incumbente crisis política, cuando los corsos se levantaron en una insurrección, Génova los reprimió solamente gracias al auxilio de otras potencias. Sin embargo, en cuanto las tropas foráneas dejaron la isla, la revuelta se reactivó. En este momento, la estrategia francesa fue muy astuta: la Francia de Luis XV estaba interesada a que la isla de Córcega no cayera en las manos de Gran Bretaña o del Imperio de los Habsburgo, así que apoyó militarmente a Génova, pero sin permitirle solucionar el conflicto definitivamente. Proliferaron los descontentos y con ellos los grupos armados, rebeldes o lealistas. En el escenario se impusieron figuras eminentes al mando de clanes familiares que ejercían el poder. Se trataba de redes no homogéneas de relaciones personales políticas y económicas que convergían en clanes familiares (por ejemplo, los Ornano, Martinetti y Peretti). Aumentaron también las tensiones entre genoveses y franceses, lealistas y rebeldes. Con el Tratado de Worms en 1743 entre Gran Bretaña, los Habsburgo y el Reino de Cerdeña hubo una nueva conformación de alianzas. Génova se alió con las coronas borbónicas (Francia, España y Nápoles) en la Guerra de Sucesión austriaca, así que su nuevo objetivo en Córcega, mucho más modesto, era mantener un pie en la isla, esperando el fin de la crisis en el continente. En este contexto político en el que la preocupación principal de Génova era la restauración de su poder, las bandas de guerrilleros, muy numerosas, actuaban de una manera muy parecida a grupos paramilitares y se convirtieron en los protagonistas del conflicto.

Antoine-Marie Graziani, por su parte, hace hincapié en la presencia del bandolerismo durante la dominación genovesa como reacción a una realidad sociopolítica que el pueblo percibía como opresiva. En este sentido, recuperando una categoría interpretativa de Hobsbawn, se puede hablar de bandolerismo social, lo que explica el motivo por el cual aquellos que el Estado etiquetaba como enemigos del Estado eran considerados como héroes por la gente común. Ejemplificadores de ese conflicto con el Estado son los bandoleros como Theodore Poli (1799-1831) que se autodefinían los “reyes del

bosque”. Estos fuera de la ley fueron utilizados en solucionar conflictos políticos de distinto signo.

El texto de Carmine Pinto, por su parte, explica cómo el bandolerismo encontraba su justificación en las reivindicaciones de la población en relación con las injusticias impuestas. En este sentido, se puede hablar de bandolerismo social con claros tintes políticos. En todo el sur de Italia, de hecho, la resistencia a la unificación fue de matriz borbónica, estando vinculada a las tropas irregulares del rey Francisco II y tuvo un gran éxito entre muchas franjas de la población, lo que demuestra la fragilidad del nuevo Estado.

En Cuba, como explica Fernando J. Padilla Angulo, el bandolerismo había sido protagonista de las guerras de “secesión”, es decir, la Guerra de los Diez Años desde 1868-1878, la Guerra Chiquita (1879-1880) y la Guerra Necesaria (de 1895). Mientras la tesis generalizada de la historiografía es que el bandolerismo representó una expresión del descontento de la población en relación con la soberanía española, Padilla Angulo destaca su vínculo con el ámbito económico. De hecho, así como pasó en otras regiones del mundo, el modelo económico latifundista, en el caso cubano representado por la industria azucarera, tuvo cierta influencia en el desarrollo del fenómeno. Cuando muchos campesinos, entre los cuales destacaron los guajiros (blancos nacidos en la isla, pero de origen canario), fueron expulsados de los campos, el bandolerismo se postuló como única vía de supervivencia, además que de resistencia.

Ángel Rafael Lombardi Boscán, por su parte, explica cómo el caso de Venezuela es ejemplificador de un discurso que manipula conscientemente la narración de los hechos históricos. El mito de Simón Bolívar (1783-1830) se estructuró de hecho como “ideología poderosa” de un Estado que fundamenta su existencia en la negación de numerosas partes de su pasado y en la reinterpretación de la independencia como transformación de colonia subyugada a república independiente. En realidad, las instituciones del Estado de derecho monárquico fueron reemplazadas por las republicanas, pero sin modificar los pilares socioeconómicos de la dominación española, es decir, sin liberarse, por ejemplo, de la explotación económica y de la inferioridad jurídica que aplastaba a los pardos, llaneros, indios y esclavos negros. La independencia fue declarada en 1810 con la fundación de la República de Venezuela, momento histórico que la historiografía tradicional glorifica como liberación. En realidad, la guerra de independencia fue una guerra civil donde facciones lealistas y republicanas, que contaban con apoyo militar extranjero, se enfrentaron de manera irregular y cruenta. Esta guerra fue ganada por un grupo de caudillos de bajo nivel cultural que contaban con ejércitos personales. En este escenario, el bandolerismo fue uno de los componentes fundamentales, y la participación sangrienta de los civiles fue una constante.

En el caso de Calabria, según la lectura de Carmen Caligiuri, durante el dominio napoleónico (1806-1815) esta región representó un ejemplo de resistencia popular al Ejército francés, siendo el bandolerismo su forma de expresión más aguda. Los rebeldes fueron así definidos como criminales, es decir, “enemigos de la humanidad”. Eso, recuperando las categorías teóricas del filósofo suizo Emer de Vattel (1714-1767), les privó de sus derechos como personas. En lugar de mitigarse, el bandolerismo se exasperó cuando Jacques Marie Cavaignac (1773-1855) empezó su mandato la región en 1806. En numerosas áreas, los locales se juntaron con los bandidos, contando incluso con la connivencia de la Iglesia católica. Por eso, Murat pidió a Cavaignac realizar una guerra “hasta la muerte” en contra de los bandoleros. Las cartas entre Cavaignac y Murat son buena muestra de las operaciones realizadas para erradicar el bandidaje, evidenciando cómo el bandolero representaba el enemigo interno que amenazaba la estabilidad de un aparato gubernamental que estaba dispuesto a recurrir a cualquier tipo de violencia con el objetivo de suprimir el disenso. Andrés María Vincent Fanconi explica, en cambio, cómo una guerra dinástica se transformó en un conflicto civil donde fue fundamental la acción de los guerrilleros fieles al pretendiente don Carlos de Borbón. Al carecer su bando de un ejército regular, la guerrilla fue de hecho la única herramienta de participación en dicho conflicto.

Las guerras cubanas de independencia (1895-1898), con las filipinas (1896- 1898) y el conflicto hispano-estadounidense (1898) sellaron el fin de la aventura española en las Américas. España, entonces, intentó consolidar su posición en Marruecos, estratégico para el control del Estrecho de Gibraltar. A este respecto, Daniel Macías explica por qué la estrategia de la “mancha de aceite”, con la cual el Ejército español pretendía ocupar progresivamente el territorio, no pudo realizarse con éxito. En primer lugar, el Marruecos español era un escenario de combate complejo, con orografía y clima adversos, lo que afectó profundamente la acción militar en la región. Como evidenciaron las campañas de Melilla (1909), Kert (1911-1912) y Tetuán (1913), el Ejército, además, sufrió numerosas carencias estructurales, entre las cuales destacaban la falta de financiación o la escasa modernización técnica. En este contexto, el bandolerismo representó una forma de resistencia anticolonial y comprometió fuertemente la estrategia del Ejército español, forzándole en ocasiones a retirarse a las zonas altas de los valles. No menos importante fue el rol de la religión como forma de resistencia, destacando particularmente el fenómeno del marabutismo sufí, una corriente mística vinculadas con las cofradías sufíes. Estas también impulsaron el conflicto irregular, utilizando las mismas modalidades de acción que el bandolerismo, es decir, la guerrilla.

Dmitar Tasic, por su parte, desentraña numerosos aspectos del bandolerismo balcánico, uno de los fenómenos más recurrentes en los conflictos bélicos de la zona. En los años cuarenta del siglo XIX, el comandante serbio Ilija Garašanin (1812-1874) diseñó

su *Načertanije*, un proyecto político de una Gran Serbia que englobaba a otros pueblos eslavos, basado en la ideología del príncipe polaco Adam Czartoryski (1770-1861). En aquellos años, muchas figuras políticas serbias habían establecido una estricta conexión con los exiliados polacos que se habían refugiado en los Balcanes después de la derrota de la revuelta de 1830. Fue en estos años que Matija Ban introdujo el término *chetnik*, utilizado en lugar de “partisano”, para referirse a los guerrilleros. Los *chetniki* se convirtieron en un elemento fundamental en la realización del diseño independentista, porque sus ataques no convencionales habrían gradualmente debilitado el enemigo. La importancia de estas fuerzas militares irregulares se patentizó en diversas ocasiones, como por ejemplo en las rebeliones que se producirían posteriormente en Serbia, Bulgaria, Grecia y Albania.

En su conjunto, el libro destaca cómo en la historia de los Estados naciones, el bandolerismo ha sido una forma muy común de expresión de diferentes fenómenos políticos, sociales y económicos. Fuera herramienta de resistencia ante el invasor lucha por recursos económicos o la única manera de sobrevivir para algunas franjas de la población en un contexto de crisis, lo cierto es que este fenómeno siempre ha sido complementario a los conflictos regulares y, por eso, sigue mereciendo atención por parte de los historiadores y científicos sociales.